

Todos los cíclopes tienen los pies delicados

Todos los cíclopes tienen
los pies delicados/ Jorge Goyeneche
-1ª ed. Buenos Aires, 2025-

ISBN 978-987-4914-43-9

© Jorge Goyeneche
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.jorgegoyeneche.com.ar

huesosdejibia.com
facebook.com/editorial.hdj
instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Ludmila Martínez Catinari

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

Jorge Goyeneche
Todos los cíclopes tienen los pies delicados

*A los viejos que cuentan siempre la misma
historia, y es distinta.*

Hay veinticinco ramas de la verdad.

YI CHING: *Diario de viaje*

Está en la bandeja del resonador magnético, que se desplaza como la cinta del aeropuerto. Él, la valija, puro cuero sin metales, atado, mira el cielorraso hasta que el túnel lo empieza a engullir. Le ha dicho al técnico que tiene claustrofobia, miente que cree poder manejarla. Respira lento, inhala, contiene, exhala, aguanta en porciones de diez segundos. No son diez, porque cuenta demasiado rápido. Al menos está casi todo el cuerpo afuera. Pero eso dura nada. Solo los pies se salvan del encierro, supone, porque no los puede mirar en esa postura. Recurre a pensar en un color y con la brusquedad que lo asalta, primero recorre un desordenado arco iris, luego se combina hasta volverse marrón oscuro. Se enfoca en la letra de una canción y la entona mentalmente. Pero en cada distracción vuelve el amanecer del pánico. Es un sol enloquecido que se asoma a impulsos de taquicardia. Ni siquiera lo rozan. Todo el mundo está lejos. Es un paquete de recorrido corto aunque eterno.

Nadie lo arrestó ni lo acarrió contra su voluntad. En los días previos penduló desde la necesidad de saber si algo estaba mal en su interior, hacia la negación obcecada. Idas y vueltas arrítmicas. Después de luchar contra sí mismo en la calle y en la sala esperando el turno, se entregó a regañadientes en el pasillo final, su corredor de la muerte. El artilugio sádico reina en el centro del salón sin sentimientos y el técnico da indicaciones despojadas, como manual de instalación. Él es el objeto a instalar.

Inmersión. Primero advierte la bocina, de inmediato suena una alarma y comienza el motor con su batir de barco viejo o submarino que anticipa la oscuridad y la mazmorra. No es redoble de guerra o trabajo forzado sino supuesta investigación que encubre la tortura. El maniatado debe sonreír, agradecer y ser paciente mientras su cabeza se sumerge en el terror. Es casi libre porque puede no sonreír ni agradecer ni ser paciente, pero debe quedarse absolutamente quieto, en un silencio que significa hagan de mí según su buen saber y entender.

Siempre está el cuerpo en movimiento, aun en el reposo. Tanto

que después de muertos siguen creciendo el pelo y las uñas; viene luego la reversa hasta ser humo que depositará a lo lejos su materia como polen extraño, para ser nutriente de los hongos que andarán sin estridencia del sauce al arbusto, al pasto y la huerta. Los huesos y los dientes resistirán más tiempo pero solo en la medida humana. Hasta las piedras se deslizan por la ladera, y si están fijas las mueve la erosión. El fanático en cambio se supone inmutable, mientras envejece notablemente.

El técnico observa el desarrollo y le pide que no se mueva. Por un instante lo distrae del pánico. Tiene una voz tan fría y monocorde como las paredes de la habitación. Son de un blanco atonal. No hay en ninguna superficie una foto o una planta. El gran vidrio incluso impide ver hacia la cabina donde está el operario con su pantalla. Los ruidos también son airados por irreconocibles. Ni máquina industrial ni instrumento exótico. Claramente no es Jonás en la ballena amable y distraída, inmersos ambos en el mar amniótico, iría él protegido por la blandura de los grandes órganos. Mejor sería el sobresalto de estar en ese interior tibio, que en esta displicencia. Según el algoritmo del robot que rige la instalación y este proceso, todo es perfecto. Aquí no hay nada. Una nave en excursión a Marte, de las mismas dimensiones que el habitáculo de pesadilla donde es estudiado ahora, no contendrá seguramente estos terrores de soledad. Allí el navegante espacial ve el universo. Flotar en el espacio ingravido, al menos, tiene el paisaje de las estrellas y de la tierra a lo lejos. La aventura sería la propulsora de su viaje temerario, y no una helada verificación del estado de salud. Una bala disparada hacia el planeta vecino, con un explorador montado adentro, no es el aislamiento del proyectil magnético en una jaula de Faraday donde el gran ojo reacomoda los átomos de un cuerpo humano mientras las neuronas se debaten ante la falta de recorrido y la negación del entorno. Por la sangre y los órganos se mueven restos microscópicos de plástico que el abandono y la avaricia han arrojado a las aguas y de allí a los alimentos y el aire; el magneto los amiga con sus hermanos componentes de la máquina monstruosa.

La somnolencia es producto de un hígado que procesa forzado algún humor o pesadez (no hay certeza). Un malestar generalizado. No es dolor sino abulia de cada electrón del sistema. Se nubla levemente la vista y cuesta ver de lejos. Podría confundirse con una baja de presión, 10/5 (hipotensión). Pero es el hígado; en realidad, el hígado mítico con su fiereza para el combate, con su garra dispuesta a retrepar y escalar lo ya escalado (aquel escollo que nos arrojó al suelo veces y veces). Ese hígado parece entregado, lentificado.

Viene una imagen de Aquiles. La suplanta inmediatamente Espartaco, luego los judíos atravesando el desierto, un desconocido cavando el túnel puñado a puñado de tierra para huir de la jaula hacia la libertad de bombas y heridos. Imágenes más cinematográficas y literarias (es probable que el hígado andando en tres cilindros ocasione esta disminución).

Qué cifras dará el hepatograma de un novelista casi poeta. Y el electrocardiograma con sus cordilleras y valles. Todos los nombres técnicos, herméticos, que se reducen finalmente a *vivirá o padecerá*.

El páncreas infunde miedo, regula; todo carne, todo rojo, lo llamaron los griegos. Sus jugos neutralizan, descomponen.

El alma es el gato de Schrödinger. ¿Cómo verla dentro del cuerpo? Y el ojo del técnico que mira la pantalla modifica lo observado.

En ese sistema de órganos y vísceras, conductos que llevan y traen, hay más que porcentajes. Tal vez los recuerdos, los deseos, las experiencias y fantasmas se alojen en esas bolsas donde la máquina ve solamente aquello que espera encontrar.

Por supuesto buscó información sobre resonadores. Nada de imágenes, solo texto. La deriva del hipocondríaco lo conduce

por todos los barrios de la red. Qué produce el magnetismo sobre el cuerpo, se pregunta, e inmediatamente afloran páginas prestigiosas que hablan de protones y guones. Estamos compuestos sobre todo de vacío, apenas habitado por unos átomos que no llegan a ser el uno por ciento de cada ser. Y la máquina tonta se dedica a reubicar caprichosamente a esos pobres elementos para sacar algo así como una foto del fondo marino. Ahora, sobre la bandeja donde yace, aquella información se reacomoda a su posición horizontal de valija apesada y temores explosivos con consecuencias fácticas porque lo que había sido frente a la pantalla una sorpresa negativa se vuelve ya vibración de pánico en cada nervio y los músculos dispuestos a soltar sus resortes. Intenta vanamente focalizar en una imagen mental positiva y tranquilizadora pero (ya lo sabía antes de probar) es imposible porque lo que ve a veinte centímetros y lo que circula por su interior es únicamente la materia forjadora de pesadillas.

Los ojos se acostumbran a la pantalla, registran los tópicos del amor y el deseo (una mano se extiende pequeña, otra mano, robusta, la engarza; parpadeo, lágrima; se alza un cuchillo tras el marco tenebroso de la puerta abierta, suceden gritos en el ático y fricciones en el sótano). Ambos lugares comunes hastían pero también tranquilizan al espectador rutinario. Los estudiosos explicarán parcos que la retina está bien, que el campo visual no muestra lesiones. No son necesarias las gafas para dormir, le habían dicho. Y ahora no las tenía.

El sueño se descubre desde afuera en ese movimiento repentino. Detrás harán los días su tarea, dejarán restos para reciclar. Detritus del trabajo y convivencias van entrechocando hasta formar su noche de rem. En blanco y negro, con fondo de neblina, casi nunca feliz, se mueven las figuras que persiguen o caen en pozos insondables. Algunas tienen rostros reconocibles que inmigran del remotísimo pasado, también hay caras recientes aunque anónimas. Las pesadillas se demoran en el vientre y hacen su camino hacia los centros cerebrales específicos donde la fragua combina azarosa esto y aquellas. Allí adentro en la espesura de la

almohada, los libros leídos juegan a su vez con la trama desapareja. Es un universo donde casi nada penetra ya del exterior. Pero atado a la máquina, la vigilia es perpetua.

Hubo una muerte que lo precipitó en el agnosticismo y los tablonos de la iglesia se quedaron sin sus rodillas, que ya no rezan. Su padre decidió enviarlo a la misma escuela parroquial donde él había sido feliz. Su madre optó por el silencio. No sabían que los tiempos cambian pero los fanatismos perduran. Allí tuvo un único amigo, el pelirrojo, que hacía tolerable la tortura del entorno, pero murió al fin de la infancia, y lo dejó a solas con la violencia del dios bueno del que hablaban los curas. Después se sumaron a su caravana incrédula, los odios acumulados en la escuela vidriosa, la ciencia y la razón que desmembraron cualquier fe en barbados inmortales o en dioses exóticos. Sin embargo mantiene el convencimiento de que la energía, ese espíritu, esa alma, no desaparece, vuelve a la química sagrada del universo. Otra forma de convencimiento sin pruebas de laboratorio.

Hay manos que tocan seres y días que tocan cosas. Acariciar a una persona, pasar la palma por las hojas. Ahora se concentra en pequeños rincones de su cuerpo, un ejercicio elemental para bloquear las ideas fijas, los miedos inmediatos. Un cosquilleo en la rodilla lo lleva hasta ahí pero es muy fugaz y no resiste ser pensado por más de unos pocos segundos. Así, voluntariamente recorre sin ver la pierna hacia arriba, hasta que el viaje lo instala en su mano, sus dedos que puede mover, el pulgar. Lo aprieta contra el índice, teclea con ritmo variado cada uno de los cuatro amigos, ida, vuelta, saltos como si tocara el piano, luego intenta rotar pero las ataduras se lo impiden y simula como puede un re, un sol, un do en la guitarra. El índice derecho que se hace falso protagonista (esa es tarea de la mano izquierda), avanza al primer plano de su imagen mental y se convierte en dedo jalando el gatillo de un arma larga. Es el viejo máuser de 1909 que alguien robó, como broma, del Centro Militar. Fue cuando su padre tenía 17 e iba al secundario. El director dijo que si

hacían las prácticas de tiro se salvarían de un par de meses de ir al ejército. Y fueron, en banda de machos revoltosos que ya se habían robado una tarde una sotana y paseado por el centro de la ciudad. La dependencia federal guardaba el mismo desorden que el resto de los uniformados. No les pidieron documentos al entrar, ¿sabrían contar hasta veinte esos capitanes? Los viejos fusiles ya habían sido reemplazados por armas automáticas ligeras y arrojados a los rincones inútiles de los entrenamientos. Cuando salieron después de hacer foco en el blanco y en cualquier otro lado divertido, alguien (su padre o un compañero) escondió el rifle veterano bajo la campera y parte del pantalón. Con el caño hacia abajo, detrás de la bragueta, como verga ostentosa le pendía hasta la rodilla. Caminó rengo entre las risas tontas de sus amigos. Muchas décadas transcurrieron hasta el atentado.

Que nada está a nivel, ni los riñones, las dos mitades de la cara con sus orejas corte de pelo la boca los dientes la lengua ojos. Imposible que los pies sean iguales o las rodillas, un muslo más ancho que el otro, los músculos gemelos son fácilmente distinguibles. Cómo serán entonces idénticos los pensamientos con el correr de los días. Claramente antinatural la unicidad. No hay ángulos rectos en ese universo del cuerpo, ni centro tampoco, allí está el corazón, el tan cacareado corazón del patriotismo y el falso romance volcado de lado sin un par. O el cerebro en dos mitades que no dan lo mismo, con sus burbujas desparejas y su montículos afortunados (una línea recta, un plano a nivel perfecto, serían claramente de toda inutilidad). Para ver con volumen y dimensión son necesarios dos ojos que rara vez tienen la misma capacidad y nunca pero nunca ven el mismo sector a la vez. Los pulmones, ovarios, testículos y senos, las piernas, orejas y los glúteos ni siquiera son su imagen del espejo. El exterior está hecho de curvas como el recorrido de la luz y los astros, como el interior y aspecto de los seres vivos y las piedras (que disimulan su ritmo con alguna arista defensiva hasta que implacable la erosión le acomoda sus formas). Las caricias y los besos son curvos. Los abrazos, los saludos amables. Y allí muy adentro en lo invisible casi, están las neuronas, los átomos, el adn. Todos giran en elipsis o burbuja.

Imposible estar al margen del envoltorio. Como el viento a la nube, el universo da forma a sus componentes. La tierra gira, el sol también se mueve y la galaxia hace su ruta. La máquina con su hierro y aleación, en cambio, pretende rectitud.

Atrás, tierra postrera, luna oscura, queda el revés de la sangre, su recuerdo, porque fluye hacia el frente y ocupa el territorio extenso de la piel en contacto con otra piel que enrojece llena de todos los fluidos. Y el gozo del encuentro erótico, la amable cercanía, se hace al filo de la muerte. Se camina por el borde entre el paisaje de la luz y de la nada. Allí habita el éxtasis. Tan poco dura en proporción al tiempo del trabajo y los días, y sin embargo mucho más memorable en cada curva de los nervios, en todas las terminales del aire y sus líquidos internos. Lo demás es paréntesis hasta que el amor se repita. Tal vez allí radica la brutalidad del sexo entre personas, tal vez sea por el imperio fugaz del gozo, la percepción de andar al filo entre vivir y dejar de ser. Tal vez la escalera evolutiva haya llevado a la sublimación del impulso asesino, en cambio la mantis se come al macho, mueren el antequino y los salmónidos, también los zánganos tras fecundar a la reina. Pero algunos humanos resisten como los árboles y los yuyos que polinizan leves a distancia. Tal vez en el amor desnudo haya olvido de la propia oscuridad. ¿Qué ocurre con los espacios apenas irrigados que deja la emigración de la sangre hacia unas pocas regiones erógenas? ¿será como sequía, anulará otros frutos, y el pensamiento y los frenos no habrán de funcionar? Crocantes las neuronas, sin brillo entre las sábanas, dan paso al impulso feroz de los sentidos. Difícil hacer a un lado lo tanático, salvo que sueños, imaginación, todas las potencias de la persona, se unan para tener un goce compartido.

Toda la persona con su química y su física, los movimientos, la electricidad, todo ese objeto extraño llamado cuerpo, está en función de producir una idea, una caricia, un paso hacia el lugar donde nadie más llega. Así devora el contorno, lo sepa o no, para dejar alguna marca en la arena, las paredes de la cueva, en pergamino y escrito en el aire, creado por la voz o la mano.

También genera el largo olvido. El fósforo en la sangre y en los huesos, corre o se fija o retrocede, da vitalidad da fortaleza, luego se funde en noche interminable.

La espera se hace insoportable, el tiempo no transcurre pero sí la ansiedad. Ya no sabe en qué pensar para distraerse. Filosofar lo entretiene apenas un rato. Siente que no puede quedarse quieto, necesita ver algo distinto que ese techo bajo de la máquina. No le ha resultado útil el intento de respiración rítmica, convertidos los compases en desaparejos, acelerados; tampoco hacer foco en un color o en un paisaje; las melodías y las letras se le escapan; recurre a películas, a libros, a momentos felices de la infancia, pero todo dura nada. Aflora la literatura con sus tramas, Ulises de regreso, el perro que lo reconoce, un fragmento de la Divina Comedia, el Quijote muriendo en su propia cama. Abre los ojos después del breve olvido de su momento y se topa, choca, con esa luz robótica que lo recorre, y él boca arriba rememora fatalmente el cuento de Cortázar, el motociclista y el indio, el sacrificio, boca arriba. Hay un instante en el que salta hacia Borges y Dahlman que sale a pelear a la llanura sin saber manejar el cuchillo. Pero la realidad lo empuja contra esa plataforma helada metida en el túnel de magnetos y no puede dejar de ser el hombre que será sacrificado en el altar enemigo. Hay un amigo muerto en la infancia, una emperatriz que vuelve del pasado y la lejanía, en una canoa persa un monje budista ve la Cruz del Sur y un francotirador prepara su arma.

Cree que ese ruido distinto que se produjo fuera de la habitación, ha sido un disparo. Teme la muerte del técnico. Hace unos cuantos minutos le dio una indicación pero luego ha estado en silencio. Quiere creer que afuera estará todavía el sol o la nube. En su inmovilidad sospecha que todo ha caducado, que no hay más vida en las calles. Tal vez sobrevivieron los árboles. Seguramente han desaparecido los pájaros, tan frágiles y expuestos a esa tribulación del clima. Esta habitación inocua será entonces su protección, piensa. De inmediato su corazón tiritita de culpa o al menos de miedo a que todo esto sea castigo por el crimen

que planificó. Lo tortura aceptar allí atado boca arriba que el infierno es simplemente la máquina que lo tiene en su entraña servido en bandeja. Ningún círculo dantesco, nada de fuego o inframundo, sino acá y ahora, solo, maniatado, olvidado incluso por el operario, el técnico, ese satán impecable tras el vidrio.

Quién dijo que el blanco es pureza. Es apenas lo previo, una nada que podría llegar a ser, piensa el novelista casi poeta en su desorden de ideas causado por el pánico. El pánico, que todo lo aplana. Necesita actividad de catecolaminas, precisa la resistencia del bebé en el parto, que en su recorrido agónico es protegido por la voz conocida que grita al pujar. Aquí hay un filoso silencio, en cambio, matizado por crujidos de amenaza. Nadie está pujando por él.

Nació de parto natural. Difícil y lento hasta el borde de la cesárea, eso le contaron. La luz al final del túnel tardó demasiado tiempo y cree que es el origen de su claustrofobia. Ese terror al encierro, a despertar bajo tierra, usar el ascensor, viajar en subte. La sola idea de un caño a oscuras por donde huye un prisionero de película, le asegura pesadillas. Y ahora, en este monstruo, todas la terapias se evanecen y queda sometido al terror. No le teme a la muerte sino a la agonía. ¿Por qué aceptó este estudio sabiendo en qué consistía?, tal vez por vergüenza, quizás por soberbia; dos formas del mismo desequilibrio.

El reloj duerme su siesta. No es un tictac clásico sino un sonido exótico y violento de máquina que disimula su condición. Es sadismo con prescripción médica. La bandeja pega cortos empujones con ruidos también cortos y rotos. Intenta mirar hacia su interior pero los ojos se le abren y se topan con el plástico inmediato y esa luz de ojo cíclope. Los imanes lo rodean, le emiten su dominio. El tiempo se contrae y no transcurre, no es tiempo psicológico, es tiempo en otro momento de la creación, se desacelera y allí está acarreado él la claustrofobia sin horizonte.

Quizás nunca se llegue a saber si se llevaron a cabo los crímenes, o si realmente existieron los asesinatos y la Banda de Veteranos. Pero no hay registros de tales hechos. Un desperfecto del resonador con sus terribles consecuencias sobre el paciente impidió hacer mayores averiguaciones. Solamente quedaron unos documentos en los que narra fragmentos e ideas, anotaciones, datos, sobre un conjunto de septuagenarios que deciden hacer justicia por fusil propio con supuestos corruptos más o menos conocidos.

Las percusiones, ese martillo imprevisible del resonador, lo remiten al viejo fusil máuser. Su ojo que ahora ve un sector limitado, había apuntado entonces a la cabeza del corrupto. Sesenta metros, la distancia óptima. Boca abajo en la postura clásica, el codo izquierdo como soporte, el índice derecho sobre el gatillo. El blanco se movía, de pie frente a un público que esperaba su conferencia, le acomodaron el micrófono, le acercaron el vaso con agua mineral. Tras un par de minutos comenzó a hablar y gesticular. Él aguantó el aire y movió levemente su dedo. Sintió la patada en el hombro y allá lejos los gritos. ¿Este presente es el castigo?, se preguntó. El máximo castigo consiste en activar los miedos más profundos del culpable.

Hay otro más, se dice, ¿seré yo mismo quien revisiona un pasado inexacto, narra hechos que recuerdo en otro orden como si primero hubiera andado en bicicleta y luego nacido? También mi historia en paralelo: a partir de un episodio hay un desvío que no me animé a tomar o se deslizó entre las horas pero alguien lo cuenta en mi primera persona, soy yo tangencial, salido de la órbita, trotando en vez de caminar o viceversa o sentado o extranjero. Los átomos que me forman hacen un par de mínimas combinaciones distintas, posibilidades que deseché en mi biografía se han convertido entonces en anécdotas reales. Quizás sea demasiado atribuirles a la máquina donde yazgo. Tal vez sea mi cerebro que saltea y mal conecta una sinapsis. Los sueños toman posesión de la vigilia y la suplantan. No es mi cara en un espejo viendo en quirilidad. Sospecho un narrador fractal

que ha inmigrado por un agujero negro con accesos en diversas estaciones remotas. O más probablemente, tomó el subte en la parada inmediata y las leyes del universo lo pasearon, para devolverlo distinto y múltiple. Volvió antes de partir. De allí las tramas que me confunden: un disparo que no puedo precisar, ángulos contradictorios, caras diferentes en las facetas de mi niñez; acciones que jamás realicé, recordadas con plenitud. Cuánto más fácil sería estar demente, padecer una esquizofrenia múltiple y ser distinto según la hora o el influjo exterior. Pero no tengo esa esperanza en la locura, acá sucede, me sucede, algo incomprendible porque reconozco las variables, no hay ceguera de personalidades. ¿Por qué me cuento desde lejos? Acá estoy yo, metido en este tubo que me agobia con su cerrazón y esos imanes, pero hablo por momentos como otro que me está mirando. ¿Será este artefacto una puerta casual hacia el gusano? Me indica que ya es hora de dejar de hablar de ciertas cosas, de contar las décadas que solamente algunos viejos experimentamos y ya no dicen nada más que historias de manuales mohosos. Los nuevos están hartos o tal vez no, pero seguramente indiferentes a crónicas tan lejanas. El otro está seguro, convencido del aburrimiento que produzco con mis palabras de antes. Yo no, tal vez porque él asoma por otra boca del gusano, mientras en cambio habito la misma opresión de esta máquina con su redoble ahistórico, una repetición interminable de sobresalto, miedo y furia.

El culatazo del fusil fue un golpe menos violento para su hombro que para su psiquis. No lo sabe ahora pero vio el proyectil en todo su recorrido, casi hasta impactar y desgarrar la piel y entrar al cráneo por el hueso frontal. En el último instante se le trabó un paréntesis que se abrió cuando la gente corría. Un fragmento de oscuridad, como botón de arrepentimiento ya imposible. La bala abandonó el máuser a su máxima velocidad, la luz del sol le dio algunos brillos, llegó a la cabeza del conferencista antes de que el tirador retirara el índice del gatillo. Quedó pasmado un instante sin poder creer que había llevado a cabo su plan de ejecución. Mecánicamente cumplió los pasos: metió el fusil en la tubería y mientras el arma de metal y madera hacía un raro

ruido al deslizarse en caída, no descendió por el montacargas, bajó los cuatro pisos por la escalera sin barandas, pasó detrás del contenedor adonde terminaba la sucesión de tanques de aceite que usan en las obras para arrojar restos de mezcla, piedras, pedazos de madera, todo con destino a rellenar una cava. Y cruzó al parque a hacer ejercicios como casi todas las mañanas, con su pequeña mochila al hombro y la botella de agua en la mano mientras empezaban a mezclarse las sirenas de la policía con los gritos y murmullos de los espectadores del crimen.

No borró el historial de navegador donde se enlistaban sus búsquedas incriminadoras sobre armas, distancias, cómo eliminar los restos de pólvora. Era escritor y su excusa, su coartada, ya había adquirido el formato de apuntes y fragmentos para una novela en la que un grupo de septuagenarios mataba a cinco corruptos el mismo día en distintos lugares del país. Lo estuvo escribiendo de a poco durante meses y cada día se autoenviaba un mail con un documento adjunto con sus progresos (día, hora, ubicación absolutamente comprobables). Pero su historial de google era mentiroso: buscó revólver 38 largo en lugar de fusil máuser, cómo lavar las manchas de sangre y no los restos de pólvora en las manos, y nada de los que serían ajusticiados sino una larguísima lista que los incluía y hacía desaparecer un pez en un cardumen; también muchas entradas en las que se hablaba del atentado a Lennon, Kennedy, el Papa y hasta el ajusticiamiento a cargo de los narcos de un jugador de fútbol que había hecho un gol en contra. Entre los fragmentos de la futura novela había descripciones de atentados con bombas y hasta el crimen de un expresidente con un tiro de ballesta. Disfrutó y rió con algunas de sus ocurrencias. Todavía no sabía si haría realidad su idea.

El procedimiento fue simple, borró el historial y creó otro paralelo, una vía muerta. Confiaba en la soberbia de los investigadores adjuntos de la policía, esos jóvenes sabiondos y pasmados que desconocen lo elemental y creen que los veteranos se quedaron en la segunda guerra o aun más lejos porque consideran que el mundo nació con internet y la tablet. Navegan, recorren páginas

en velocidad, hurgan en rincones que tienen fondo negro y desoyen las preguntas torpes, suponen que solamente ellos tienen acceso a las redes y el botón derecho del pad. Bastará entonces, si es que llega la ocasión, con que abra él lentamente la laptop y se confunda al marcar el ícono correcto, toque sin querer el botón erróneo del teclado y haga siempre el camino largo. Tras cinco minutos de vértigo, darán por terminada la tarea: El viejo es un imbécil que apenas puede escribir en el word y enviarlo por mail.

La policía científica, el forense, dictaminaron que la bala entró casi entre los ojos (esa es la traducción de su palabrerío), en una leve inclinación ascendente, por lo tanto, concluyeron, el disparo fue realizado desde la superficie del terreno. Considerando el ángulo y el cálculo de distancia especulan que un tirador rodilla en tierra disparó desde unos sesenta/ setenta metros del tinglado donde estaba el veterano sindicalista en plena campaña electoral dando su arenga a espaldas de la puerta del Hospital de Niños. Los datos indicaban con precisión el espacio abierto entre los juegos infantiles y el chiringuito de comidas al paso. Imposible encontrar huellas o rastros por la gran circulación de personas. Además nadie vio nada pero luego muchos creyeron ver todo ante las cámaras de los noticieros que se hicieron presentes a la media hora del hecho. Hugo Barrionuevo, el muerto, era muy conocido por sus apariciones en televisión, programas políticos y del espectáculo; casos de supuesta corrupción de la que nadie dudaba, enriquecimiento ilícito, vida rumbosa. El gato, le decían, El Gato Barrionuevo. Tenía tantas vidas, siempre caía parado. Salvo esta vez.

En realidad (sonrió a pesar de estar sufriendo en el resonador), el disparo fue hecho de arriba para abajo y desde un costado. En su gesticulación vertiginosa, el Gato movía brazos y todo su cuerpo para dar énfasis al discurso remanido, y cuando salió la bala que impactaría en el parietal izquierdo, él justo giró la cabeza y la levantó como quien va a estornudar o mirar el paso del cometa. Por eso entró de abajo para arriba y por el hueso frontal. Lo único que coincidía era la distancia aproximada, sesenta y ocho

metros (tal la hipotenusa desde el cuarto piso del edificio en construcción en la esquina). Se entretuvo recordando el teorema de Pitágoras ($h^2=a^2+b^2$). Si h es 60 y a es 9 (el cuarto piso menos la altura del sindicalista y la tarima), b es 59. Precisión policial, ironizó, pero la máquina siniestra hizo su ruido y le cortó el pensamiento. De inmediato recuperó el hilo que lo distraía del encierro: como todos creían que estaba mirando hacia el frente, afirmaron que el disparo había provenído del parque. Nadie dudó. Entonces h no era desde el balcón hasta la tarima en línea con la vereda sino del piso del asesino hasta la cabeza del muerto, y por lo tanto b fue corrida directamente hacia el frente del Hospital. A se convirtió en un lado corto = tarima + Gato. Para qué sacar tantas cuentas, pensó, salvo para distraerse, porque en ningún caso la policía científica actuaba como en las películas. Trató, de todos modos, de dibujar mentalmente ambos triángulos. Se le deformaban, volaba un lado, adquirían curvas increíbles. Geometría del espacio mental.

Todo es tiempo y materia. Qué más. La emoción (amor, muerte) nace de la lucha entre ellos. Ahí tendido a la espera, mientras los imanes hacen el desarreglo de los átomos para ordenar el diagnóstico, no es consciente de todas sus partes porque sería imposible conocer a la vez cada recoveco de las pequeñeces rodeadas de tanta nada (es sabido ahora que el universo es en su inmensa mayoría vacío). Ni puede cronometrar fehacientemente cuánto transcurre, al estar sumergido en su miedo al encierro más la ansiedad y el pensamiento puesto en la culpa por un crimen que tal vez haya cometido o simplemente ideado. Cuál es la diferencia entre disparar un fusil para matar a un corrupto, y escribirlo sin frenos. La pluma y la espada, decían los antiguos. Las horas y los hechos tienen la misma carne sutil. La elasticidad de las horas y la realidad de las ideas, borran la frontera entre tiempo medido tiempo sufrido, hecho consumado hecho deseado. Imposible entonces saber si el que allí yace en una bandeja de plástico duro, ha cometido un crimen y lo narra para escudarse en la ficción, o solamente cuenta lo que su impulso tanático quiere realizar y la voluntad lo tuerce hacia la sublimación literaria.